
El legado

José Cristóbal Atienza Sobrino

El recuerdo más lejano que Darío conservaba de su infancia era sobre su madre. Lo evocaba igual que una fotografía. En él ella está encorvada sobre los fogones de la cocina, las mangas de la blusa por encima de los codos y un delantal de cuadros que había pertenecido a su abuela. Tiene la punta de la nariz blanca y sonríe mientras intenta llenarle la nariz con nata. La cocina está envuelta en una acogedora penumbra, mientras que un olor a vainilla y canela tan intenso que casi se puede masticar, impregna el aire a su alrededor.

Cuando era niño pasaba la mayor parte del día con su madre. Entre grandes cocinas antiguas de hierro, fogones, armarios, ollas, cacerolas y los largos pasillos del restaurante de los que sus padres eran dueños.

Recordaba el anhelo con el que esperaba que llegara cada domingo, cuando después de misa, solía encerrarse junto a su madre en la cocina de casa durante largas tardes. Ella le enseñaba antiquísimas recetas que habían pasado por su familia de generación a generación desde los albores del tiempos. Le relataba mágicas historias sobre esas recetas. Deliciosos alimentos que nadie más conocía y que nunca cocinaba para el restaurante. Según ella, formaban un compendio de arcanos conocimientos gastronómicos que provenían de sus antepasados celtas y que tenían cualidades mágicas.

A veces su padre dejaba todo el papeleo del restaurante y entraba en la cocina, entonces los miraba y no decía nada. Él era un hombre bueno. Su madre le decía que su padre lo quería mucho, aunque nunca se lo dijera, pero que los hombres de su época eran así. En contra, su madre era muy cariñosa con él. Lo llenaba de besos hasta el agotamiento y él terminaba protestando, francamente sofocado.

En cambio, cuando pensaba que nadie la veía, descubría a su madre llorando en algún rincón de la casa, sobre todo por las noches. Mientras lo hacía siempre miraba una vieja fotografía en blanco y negro en la que se veía una niña pequeña. Darío se ocultaba para espiarla, pensando qué era lo que él podía hacer para aliviar su llanto, pero nunca se atrevía a acercarse. Pensaba que si una persona se esconde para que no la vean llorar, es porque no quiere que la molesten.

Gabriela, la mujer que ayudaba a su madre en la cocina y en la casa, le dijo una vez que aquella niña era su hermana pero que se había tenido que ir al cielo. El niño le preguntó cuánto tiempo tardaría en volver porque no la conocía y le gustaría verla. Gabriela no le contestó a aquella pregunta. Hizo como si no lo hubiera escuchado.

De vez en cuando sus padres iban a ver al médico del pueblo mientras Gabriela cuidaba de él. Al volver su madre solía meterse en el dormitorio y pasaba horas encerrada allí sola mirando aquella vieja fotografía en blanco y negro.

A Darío le encantaba estar con ella en el restaurante. Allí parecía que se transformaba en otra persona. Su cara se iluminaba y parecía que irradiara luz propia, resplandecía como un sol. Su corazón rebosaba de felicidad cuando trabajaba en la cocina. Concebía deliciosos platos con los que los clientes terminaban chupándose los dedos y muchos de ellos querían conocerla en persona para darle las gracias. Incluso recordaba una vez que los visitó un hombre mayor, con gafas y un poco gordo. Decían que era escritor. Vino nada menos que de Madrid para comer en el restaurante.

Una mañana su madre lo llamó y le dijo que iba a tener un hermanito. El niño preguntó si era la hermanita de la foto que volvía del cielo. Ella le dijo que no, era otro hermanito que vendría pronto a vivir con ellos. Darío se sentía raro, porque no quería compartir sus juguetes con ningún niño, aunque fuera su hermano. Pero también estaba contento porque así tendría alguien con quien jugar.

Durante un tiempo su madre fue engordando debido al embarazo. Decía que el hermanito estaba dentro de su barriga y que si ponía la mano encima lo podría sentir dar patadas. Darío ponía la mano y le decía que lo sentía, aunque era mentira.

Un día a mamá se la llevaron al hospital y ya nunca más volvió a verla.

Dijeron que se había ido al cielo junto con su nuevo hermanito.

En un principio se puso furioso porque no entendía que se hubieran ido al cielo sin llevarle a él también. Pero por lo visto irse al cielo no era nada bueno, porque todo el mundo lloraba y estaba triste. Fue por aquel entonces cuando comprendió que las personas que se van a al cielo no vuelven nunca. Irse al cielo era lo mismo que morir. Como los pájaros muertos en el bosque o los perros atropellados en la carretera.

Mamá se había muerto y lo había dejado solo. Fue corriendo a la cocina y destrozó todo lo que pudo. Vasos, platos, jarras, botes. Todo lo que estuvo a su alcance terminó haciéndose añicos.

Desde aquel momento se prometió que nunca más volvería a pisar una cocina.

La misma tarde del funeral, después del entierro, su padre se puso un gorro alto y blanco. Parecía un enorme champiñón sobre su cabeza. Le dijo que era un gorro de cocinero y que ahora él se encargaría de la cocina del restaurante. Pero a Darío eso ya no le importaba.

Cuando su padre lo llevaba o lo recogía del colegio él se enfurecía. Su padre aparecía por el colegio con el uniforme y el gorro de cocinero y los niños se reían de él. Así que prefería que lo recogiera Gabriela.

Las malas lenguas de las alcahuetas del pueblo promulgaban al amparo de sus portales chismes sobre Gabriela y Aquilino, el padre de Darío. Es verdad que podría haber nacido un amor o algún tipo de pasión. Pero nada de todo aquello era cierto. Aquilino era hombre de una sola mujer y después de la muerte de su esposa había concentrado todas sus fuerzas en terminar de criar a su hijo e intentar mantener a flote el restaurante que su mujer había levantado con tanto sudor y lágrimas. Pero poco había que hacer. La fama del lugar menguó de la noche a la mañana y por mucho que se esforzara él no alcanzaba a lograr los mismos platos que su mujer había cocinado en vida. Se pasaba las noches en vela rodeado de gruesos libros de gastronomía hasta que se dormía con la cara apoyada en recetas de sopas y postres. Incluso acudió a un curso y seminarios de reconocidos chef internacionales. Y a pesar de que nunca pudo alcanzar el grado de sabiduría de su esposa, pudo salvar el negocio, convirtiendo lo que antaño había sido un gran restaurante de fama reconocida, en poco más que una taberna de pueblo.

Aquilino nunca perdió la esperanza de que su hijo quisiera seguir sus pasos y trabajar junto a él en el restaurante. Pensaba que lo mejor era dejar que el chico tomara sus decisiones e intentaba no inculcarle nada concerniente a su futuro. Se habría sentido dichoso si hubiera decidido seguir la tradición familiar. Pero Darío tenía otros planes.

Poco tiempo después de cumplir los dieciocho años, se presentó una mañana con la carta con las notas de selectividad. Una radiante sonrisa le animaba el rostro. Aquilino sonrió y lo felicitó. Entonces soltó la bomba. Quería irse a estudiar Derecho a la Complutense de Madrid, quería ser el mejor abogado y ganar mucho dinero, decía. No quería vivir en un pueblucho como aquel. Dando de comer a un puñado de cabreros y pastores. Aquilino se quitó el gorro de la cabeza y lo estrujó entre sus manos. El chico no recordaba cuánto tiempo

hacía que no lo veía sin el gorro puesto. Su padre sonrió con ojos brillantes y le puso una mano en el hombro.

- Hijo, cada uno tiene que seguir su camino. El hombre es el verdadero creador de su destino.

Pero aquellas palabras no impidieron que aquella noche aquel hombre se acurrucara en el lado de la cama en que su esposa solía dormir y llorara. No había llorado durante la muerte de su mujer, porque por aquel entonces aún conservaba esperanza. Pero aquella noche lloró hasta quedarse dormido.

La vida en la ciudad era totalmente diferente a la que había vivido en el pueblo. En un principio le embargó un embriagador sentimiento de libertad. Conoció gente de todas partes. Acudía a las clases y se tomaba muy en serio los estudios. Pero aquello no impedía que algunas noches saliera de juerga con sus amigos. Una vez por semana recibía un paquete con chorizos, quesos y comida del pueblo. Lo metía todo en una bolsa de basura y lo tiraba en el contenedor durante la noche, cuando sus compañeros de piso no podían verlo. Cuidaba con extremo cuidado su dicción y si le preguntaban de dónde era contestaba que era de Sevilla capital. Era propenso a contar chistes de pueblerinos y si alguien se interesaba por su padre decía que era empresario. Una noche fue al cine con un grupo de amigos y en la salida entre todos decidieron cenar en un restaurante. Pidieron cordero lechal al horno. Cuando comenzaron a comer Darío se negó a hacerlo. Aducía que el cordero no estaba bien preparado y que los ingredientes no eran los correctos. La manteca debía ser de cerdo y el vino de cierta calidad. Sus amigos no paraban de reírse y le decían que comiera y callara. ¿O es que se había vuelto un sibarita de repente? Darío se pasó el resto de la cena mirando hacia la puerta de la cocina. Cada vez que las puertas abatibles se abrían y cerraban un murmullo de ollas entrechocar y aromas imperceptibles para los demás llegaban hasta sus sentidos.

Pero aquel suceso fue erradicado de su mente pocos días después y la rutina de la vida en la ciudad volvió a imponerse de forma implacable.

Conoció algunas chicas, pero ninguna destacó de forma especial. Con una de ellas, Rosana, la relación fue un poco más seria pero ella estaba embarcada en una especie de cruzada personal contra la matanza de ballenas. Vestía con ropas compradas en el mercadillo de los hippies y lo que más le atrajo de ella fue su firme compromiso con algo. Darío estaba pasando por una etapa en la

que se le antojaba que la libertad absoluta y la falta de compromiso podría deformarse en aburrimiento absoluto. No encontraba nada que lo distrajera y lo sacara de su estupor. Volvió a concentrarse en los estudios de una forma obsesiva mientras que los lo suyo con Rosana terminó perdiéndose entre manifestaciones y protestas.

Poco antes de su graduación llamó a su padre. Hacía años que no hablaba con él. Se le antojó viejo y cansado por teléfono pero no le dio importancia. Le pidió que viniera el día de su graduación. Por supuesto que acudiría, sólo la muerte podría impedirlo. Le aseguró su padre.

Pero el día de la graduación nadie ocupó la silla que le había reservado. Durante toda la ceremonia sus ojos no paraban de ir y venir del lugar que debería haber ocupado.

Al terminar, un grupo de abogados de una importante firma se dedicaba a saludar a todos los recién licenciados. Aquella era una parte importante de la ceremonia. Allí se establecían los primeros contactos en el inmisericorde mundo de la abogacía.

- ¡Eh! ¿Tú eres Darío Sánchez? –dijo una voz a su espalda.

Se dio la vuelta y vio a uno de los conserjes de la universidad. Sostenía un papel entre las manos con el sello de correos. Contestó afirmativamente con un nudo en la garganta.

- Ha llegado un telegrama urgente para ti. Lo ha traído un cartero. Joder, no sabía que estas cosas seguían existiendo. ¿Es que todavía hay gente sin móvil ni Internet? –dijo extendiendo la mano con el papel entre sus dedos.

Darío lo cogió y recordó a los avestruces. Cuentan que esconden la cabeza ante el peligro. Abrió el telegrama. Era conciso y breve.

PADRE ENFERMO GRAVE. CAMA. GRABIELA.

Lo releyó varias veces y lo arrugó en su mano. Sintió algo explotar en su interior. Los abogados se acercaron a él con las manos extendidas luciendo sus mejores sonrisas de abogados. Los arrolló cruzando a gran velocidad entre ellos dejándolos con la boca abierta. Debía coger un tren.

El viaje se le hizo más largo de lo que pudo imaginar. Llamó por teléfono desde la estación de Atocha pero nadie cogía el teléfono del restaurante. En casa su padre nunca quiso poner un teléfono, decía que si alguien quería hablar con él que lo llamara al restaurante. A casa se iba a descansar.

De forma que hizo que el viaje en la más absoluta de las incertidumbres. Se maldijo una y mil veces por tener un padre tan cabezón. Le compraría un móvil y le obligaría a llevarlo encima. Entonces a su cabeza llegó, como un dardo certero, la idea de que él tampoco era el mejor hijo del mundo. Se paraba a pensar el tiempo que pasaba entre sus llamadas telefónicas y se avergonzaba de sí mismo.

Cuando bajó en la parada de trenes de cercanías de su pueblo, miles de imágenes y recuerdos inundaron su mente. El olor característico del monte inundó sus fosas nasales y lo trasladó a lejanos momentos de su infancia. Hasta entonces perdidos en la memoria.

De camino a casa pasó por el restaurante, pero lo que encontró fue un lugar desolado. Las puertas y ventanas habían sido tapiadas con ladrillos. Las paredes estaban llenas de pintadas y una densa vegetación reptaba por las paredes y columnas hasta el tejado.

Con lágrimas en los ojos corrió hasta la casa de su padre. Aporreó la puerta hasta que Gabriela abrió y Darío se fundió en un abrazo con la anciana mujer.

Su padre estaba en la cama. A ojos de su hijo, aparentaba como cien años más de los que realmente tenía. Darío se sentó a su lado y le habló. Abrió los ojos por primera vez en varios días y sonrió al verlo. Se disculpó por no haber podido ir.

El anciano apretó la mano de su hijo.

- ¿Has visto el restaurante de mamá?... Está un poco abandonado... Debía unas letras y tuve que cerrar un tiempo... En cuanto me ponga mejor lo volveré a poner a flote... ya verás... -dijo en un susurro mientras cerraba los ojos- Estoy cansado...

- Sí, papá, tranquilo. Ahora duerme –contestó con lágrimas en los ojos.

Darío se levantó. La edad, le había dicho Gabriela. Eso dice Don Costo, el médico. Se está apagando como una vela, eso dijo. No hay nada que hacer. La edad.

Darío corrió hasta su cuarto. Abrió la puerta de un golpe y miles de recuerdos le golpearon como un martillo apisonador. Su cama, su escritorio, sus libros, sus juguetes. Se arrodilló y un grito atronador surgió de su garganta intentando silenciar sus demonios. Pero éstos estaban encallecidos en su interior. Llevaban años aguardando.

Cogió el baúl que reposaba a los pies de su cama y lo volteó. Ropas de niño y juguetes se desparramaron por el suelo en un desconcierto aterrador. Lo revolvió todo. Lanzando por el aire todos aquellos recuerdos materializados. Encontró un montón de cuadernos atados con una pequeña cuerda que rompió con la fuerza de sus manos. Fue pasando los cuadernos hasta que encontró uno con las tapas doradas. Lo metió en una mochila y salió corriendo de la casa, adentrándose en la noche, seguido por la triste mirada de Gabriela.

Horas más tarde, al alba, el sol irrumpió en el monte con sus primeros rayos dorados alejando las sombras de la noche y ocultando las estrellas. Las primeras horas de la mañana son las más frías del día. Pero Darío sudaba como si fuera la primera hora de la tarde. Tenía los zapatos y las perneras de los pantalones llenos de barro, el cuaderno en una mano y la mochila en la espalda. Corría por el monte como poseído por una extraña locura, de aquí para allá, parándose de vez en cuando para consultar el cuaderno.

Todo debía ser fresco y recién cogido. Un manojito de hinojo, un puñado de bayas silvestres, unas hojas de morera y el corazón de un palmito. Maldita sea, no se había traído herramientas. Sólo un cuchillo, que no le servía de mucho para escarbar la tierra. Un recuerdo sobrevino a su mente. Siendo niño mientras se peleaba por arrancar un palmito de raíz, un anciano le dijo que no tratara de hacerlo en una superficie llana: debía hacerlo en la ladera de un monte.

Para el mediodía había conseguido encontrar todo lo necesario.

Bajó del monte y se dirigió al restaurante. Buscó en los alrededores un leño que le sirviera a sus propósitos y golpeó con él la puerta trasera hasta que los ladrillos se rompieron y pudo entrar.

Todo estaba abandonado como si se hubieran ido de improviso. Las sillas no estaban encima de las mesas como era de esperar, sino colocadas enfrente de las mesas, parecían estar esperando a los comensales.

Una espesa capa de polvo lo cubría todo. Las telarañas adornaban con sus hilos de plata todos los rincones del lugar.

Un extraño sentimiento recorrió su cuerpo al adentrarse en la cocina. No sabía cómo haría lo que tenía que hacer, pero un presentimiento le indicaba que llegada la hora sabría actuar. Él era un hombre de leyes y la parte racional de su cerebro gritaba que todo aquello era una locura. Pero Darío estaba cansado de ser un hombre razonable. Por una vez se dejaría llevar por su instinto.

Supuso que las bombonas de gas estarían vacías, así que tendría que usar las viejas cocinas de hierro. Encontró la leñera casi vacía, pero había suficiente madera como para hacer lo que se proponía. Pero los grifos estaban secos así que tuvo que salir a buscar agua a un pozo cercano.

Encendió los fogones y la cocina volvió a la vida. Buscó los utensilios. Todo estaba en su lugar, donde siempre habían estado. Limpió una mesa y dispuso los ingredientes en ella.

Entonces Darío comenzó a cocinar. Es sorprendente lo que la mente humana es capaz de hacer cuando realmente se lo propone. Primero es capaz de enterrar en lo más profundo de su ser los recuerdos más lejanos de su existencia pero éstos jamás desaparecerán. Siempre estarán ahí. De vez en cuando alguno de ellos sale a la superficie y deja ver sus sombras. Pero las raíces de los primeros recuerdos están fuertemente arraigadas en nuestro subconsciente. Las mareas del tiempo no pueden borrarlos del todo.

Dispuso los fogones, ollas y sartenes como su madre le había enseñado hacía lo que se le antojaba mil años. Lavó los ingredientes y los cortó con un cuchillo con una habilidad que le sorprendió a sí mismo. Rebozó, aderezó, alió, condimentó y guisó.

Al cabo de una hora la comida estaba lista.

Cogió la olla por las asas y se marchó a casa.

Darío cogió a su padre y lo asentó en la cama. Colocó el plato en la mesita de noche y cucharada a cucharada le dio de comer igual que él había hecho cuando era un niño.

- ¿Qué es esto que me das? –preguntó el anciano.

- Una de las antiguas recetas de mamá. La he preparado yo mismo. En la cocina de mamá en el restaurante. Con ingredientes del monte...

Aquilino cogió la mano de su hijo cuando se dirigía con una nueva cucharada. Sus ojos resplandecían.

- ¿Lo has cocinado tú? –susurró.

- Sí, padre.

- Sabía que eras como tu madre. Has tardado mucho, hijo mío –dijo entre sollozos.

El hombre mostró una sonrisa que rejuveneció su rostro. Las lágrimas corrían por la cara de Gabriela mientras juntaba las manos y miraba hacia el cielo sonriendo.

Darío buscó con la mirada el gorro de su padre y pudo encontrarlo en una silla. Estaba tan blanco e impoluto como lo recordaba.

Se preguntó a sí mismo si sería de su talla.
